EL HOMBRE VASCO NUÑEZ DE BALBOA

Escribe: KATHLEEN ROMOLI

Vasco Núñez de Balboa, figura de tan singular relieve en el cuadro del descubrimiento y de la primera colonización del Nuevo Mundo, fue en muchos aspectos un hombre típico de su tiempo y de la generación de los conquistadores. Vale decir, era "hidalgo y de sangre limpia", ducho en el ejercicio de las armas, arrogante, pobre y —por ser hijo segundón— sin más esperanza de fortuna que la que consiguiera por su propio conato.

Hasta aquí, pues, lo que le destacaba de la generalidad de sus similares era un asunto de grado. Su alcurnia era más ilustre, su educación fue más esmerada, de las de la mayor parte de los escuderos; su patrón —don Pedro Portocarrero, señor de Moguer— era de mayor rango. En un mundo en que el apaño en las artes guerreras se daba por supuesto, su fuerza y su destreza con la espada eran casi legendarias. Por añadidura, era dueño de un atractivo, por todos lados excepcional. Rubio y galán, despertaba la admiración hasta de personas que lo desamaban. Las Casas, por ejemplo, a pesar de colocarlo en su extensa lista negra, lo presenta así:

"Bien alto y dispuesto de cuerpo, y de buenos miembros y fuerzas, y gentil gesto de hombre muy entendido, y para sufrir muchos trabajos".

El retrato es cautivador, pero el meollo de la descripción está en la locución "muy entendido", pues si Vasco Núñez no hubiera sido más que un espadachín esforzado y gallardo, su memoria se habría borrado antes de que el anciano Las Casas se pusiera a escribir su *Historia*. Sin duda el arresto y la resistencia física, el donaire, el gentil semblante de Balboa, contribuyeron a su éxito. Pero otras fueron las cualidades que, latentes hasta el momento en que la Providencia lo escogió para sus fines, lo hicieron, después, el héroe de hazañas excelsas y asimismo, de una tragedia inicua y absurda.

Muy poco se sabe de los primeros años de Vasco Núñez. Se dice que su padre fue Nuño Arias de Balboa, y su madre (cuyo nombre no aparece), una dama de Badajoz. Nació, tal vez hacia 1475, en la encastillada villa extremeña de Jerez de los Caballeros, antigua plaza de los Templa-

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

rios: una pequeña ciudad toda blanca, tan inmaculada que se diría que ayer no más se la acabara de enlucir, apiñada en un saliente de la serranía sobre el valle del Ardila. Sus murallas macizas y las erguidas ruinas de su ciudadela, hablan todavía de glorias y percances ya casi olvidados al tiempo que Balboa, muchacho, jugaba a su sombra. Tal vez la rama Arias de la solariega estirpe gallega de los Balboas se estableció en Extremadura a raíz de la Reconquista, cuando Jerez era vigía de frontera que miraba tanto a Portugal como a tierra de moros, pero lo más probable es que su llegada fue hacia fines del siglo XIV. Según las genealogías antiguas, fue en esta época que Juan de Balboa, nieto del Adelantado de Galicia, Garci Rodríguez de Valcárcel y Balboa, vino aquí y se casó con una hija de los Hortigueras. Sin embargo, no hemos podido encontrar en Jerez documentos ni otros recuerdos tangibles de la familia, y nadie sabía decir en cuál de las estrechas calles empedradas estaba la casa en que vio la luz el descubridor del Pacífico.

La prosapia de Vasco Núñez era de la más rancia nobleza de Galicia. En el período de su mayor lustre, desde el atardecer del siglo XIII hasta principios del siglo XV, Balboas preclaros hacían historia en Castilla y León. Eran adelantados, marinos, encomenderos, prelados, validos de reyes y de príncipes; uno, fray Fernán Rodríguez de Balboa, fue Gran Prior de los cinco reinos del Orden de San Juan, Chanciller de la reina, amigo íntimo del infante Juan Manuel y, después de haber impuesto su voluntad al rey Alfonso XI, privado de éste, y de su Consejo; otro, fray Gonzalo de Balboa, doctor de la Universidad de París, fue General del Orden de San Francisco. Don Pedro de Balboa fue camarero mayor y suegro (real, si no legal) del infante Enrique, el que fue Senador de Roma. El tío abuelo de Vasco Núñez, Vicente Arias de Balboa, obispo de Plasencia y jurisconsulto esclarecido "a cuya decisión se sometieron los más graves y arduos negocios de su tiempo", fue descrito por Gil González Dávila como "de noble generación y el mayor letrado que tuvo el mundo". Don Vicente Arias, empero, fue el último de su linaje que tuvo una posición de importancia sobresaliente en España, pues aún en sus tiempos la casta de los Balboas había perdido mucho de su brillo: entre otros motivos, porque su fatal propensión para hallarse, en las contiendas dinásticas de la época, de la parte que había de perder, había culminado con la oposición a Enrique de Trastamara. La familia inmediata de nuestro Vasco, aunque de razonable condición económica y enlazada con un buen número de las casas insignes del reino, no era ni rica ni poderosa.

En los últimos del siglo XV, se presentó a los escuderos hidalgos de Castilla un problema que se podría llamar, de desempleo. Eran ante todo gente de guerra, y, conquistada Granada y domados los magnates que en otros tiempos resolvieron sus rivalidades por medio de sus milicias particulares, no había operaciones bélicas que les ocuparan. Para esta situación, las Indias ofrecían una solución seductora; la que se habría presentado a Balboa con especial insistencia.

Como criado que fue de don Pedro Portocarrero, Vasco Núñez debe haber pasado mucho de su tiempo en Moguer, en donde la fiebre de las nuevas tierras de ultramar hubiera contagiado a cualquier joven aventurero. Patria de marineros y de carpinteros de ribera, Moguer había dado

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

hombres y carabelas para la navegación de la mar Océano desde cuando participó, con honor, en el primer viaje de Colón; el número de moguereños registrados por entonces como pilotos, maestros o tripulantes de la carrera de Indias es tal, que parece que el pequeño pueblo se habría reducido a veces, a una población de mujeres, párvulos e inválidos. En las tabernas ribereñas, baquianos curtidos por soles extraños contaban las maravillas del Mundo Nuevo: islas ubérrimas, perlas, indias complacientes, animales nunca vistos y aves que hablaban como uno, y por todas partes, oro. No es para sorprenderse que Balboa, cuyo señor viejo, sordo y enfermo, ya no pensaba sino en la quietud, haya decidido alistarse, como escudero a sueldo, en la armada de Rodrigo de Bastidas y Juan de la Cosa.

Zarparon de Cádiz en marzo de 1501, con rumbo a Cabo de La Vela. Un año después, llegados por un milagro de marinaje a la isla Española, vieron hundirse sus navíos carcomidos en la Bahía de Gonaïves. Habían descubierto la costa suramericana desde la Guajira hasta el istmo de Panamá, habían comprobado la enorme extensión de la tierra austral, y creían haber hallado en las partes del Golfo de Urabá una región de riquezas inmensas.

Balboa optó por quedarse en la Española. Con el tiempo, consiguió una estancia en la costa sur de Haití, y se estableció allá como uno de los veinte españoles fundadores de Salvatierra de la Sabana. La región era afamada por su producción de puercos, por los cuales se pagaban precios elevados, y algunos de los vecinos de Salvatierra se hicieron ricos con el negocio de tocinos y manteca. Vasco Núñez, empero, no estaba hecho para administrar una porqueriza. Se fue para Santo Domingo, y en 1509, aburrido y endeudado hasta el cuello, no soñaba sino en agregarse a la expedición que llevaba Alonso de Hojeda para colonizar el litoral explorado por Bastidas. Lo malo era que estaba prohibido a un deudor alejarse de la isla. Fue así que cuando el Bachiller Enciso alzó velas para alcanzar a Hojeda, Vasco Núñez, encontrada la manera de embarcarse clandestinamente en la nao capitana, salió hacia una gloria insospechada, escondido en un tonel. Por bienes, tenía su espada y el vestido que llevaba puesto; y por compañero, su perro Leoncico. Siete u ocho semanas más tarde, había sido elegido co-alcalde de Santa María de la Antigua; dentro de seis meses era *de facto* jefe de la colonia del Darién.

¿Cómo fue que Vasco Núñez —el polizón alcanzado, el fracasado criador de marranos— pudo realizar un ascenso tan rápido, y esto, por elección popular? La solución no está en la ida de Hojeda para Santo Domingo; ni en la animadversión para el Bachiller Enciso, quien pretendía asumir la gobernación; ni tampoco en el recelo malqueriente que suscitó Nicuesa, y que determinó su aciago destierro. Desechados éstos, quedaron otros candidatos que ansiaban el mando: señaladamente, el Bachiller Corral y Rodrigo de Colmenares. Había Francisco Pizarro, el futuro conquistador del Perú, y el veedor Quicedo, y Lope de Olano, ex-teniente de la gobernación de Veragua, cuyos padecimientos a manos de Nicuesa fue una de las principales razones para la expulsión de este.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Cierto es que los compañeros no escogieron a Vasco Núñez solo por su lozanía y don de gentes. No conocían todavía por sus cabales todos los atributos del caudillo de su elección, pero sabían lo suficiente como para considerarlo la persona más idónea para regir sus destinos. En primer lugar, a su juicio y a sus consejos se debía el traslado salvador de la expedición desde Urabá al Darién. En segundo lugar, los pobladores de Santa María habían venido a Tierra Firme en son de conquista, y de Vasco Núñez, hombre de arrojo y gran guerrero, se decía que valía por diez en la lid, y que con un golpe de espada era capaz de partir a un adversario desde la corona hasta la cintura. Y finalmente, Balboa había demostrado, aún antes de la salida forzosa de Enciso, cualidades excepcionales como comandante de entradas. Hábil en la táctica y valiente en el combate, tenía una facultad notable para conseguir el máximo de éxito con un mínimo de hostilidades, y un talento raro para cautivar las simpatías de los vencidos. Al parecer, era un conquistador menos duro que lo que eran los mismos indios en ocasiones semejantes, pues cuando él regresaba a un pueblo indígena anteriormente sometido, no encontraba a enemigos declarados o encubiertos, sino a adictos. En las marchas por selvas, ciénagas y ásperas serranías, tomaba para sí los trabajos más arduos: iba delante, abriendo la vía, y si había que hacer un puente, manejaba el hacha y cargaba la madera más pesada. Y en el repartimiento del botín —asunto de particular interés para todo soldado— distribuía las llamadas "suertes" con justicia y amplitud.

Además, como lo cuenta Oviedo, Vasco Núñez "tenía otra cosa... que si un hombre se le cansaba y adolesçia en qualquier jornada quél se hallaba, no lo desamparaba; antes si era necesario yba con una ballesta á le buscar un pajaro ó ave, y se lo mataba y se lo traia; é lo curaba como a su hijo ó hermano suyo, é lo esforzaba y animaba. Lo cual añade —ningún capitan de cuantos hasta hoy... han venido á Indias... no lo han hecho mejor, ni aun tan bien como Vasco Núñez".

Sin duda, Balboa había dado desde un principio, pruebas de otra característica, denunciada más tarde por su sucesor Pedrarias como uno de sus mayores defectos: carecía de soberbia. Aun después de haber sido nombrado por el rey, gobernador interino del Darién, seguía compartiendo la vida cotidiana de los demás como buen camarada; por ejemplo, la noticia de la llegada de Pedrarias lo sorprendió mientras ayudaba, de camisa y alpargatas, a entechar una casa. A nosotros, esa falta de altivez, parece indicio de una íntima superioridad; para el orgulloso gobernador, tan celoso de su preeminencia que no admitía inferior alguno en su mesa, indicaba un espíritu apocado.

Mucho de cuanto sabemos acerca de Balboa, procede de Oviedo, cuyas apreciaciones no son siempre consecuentes. El cronista estaba combatido en sus juicios: por un lado, le influía el aprecio nacido de lo que vió y oyó en Santa María de la Antigua, y por otro, los relatos contrarios de su amigo Enciso, el frustrado aspirante a la gobernación del Darién. Es significativo que emplea voces de doble sentido para calificar a Vasco Núñez: tales como "maña", y "sagaz". Dice que este alcanzó la alcaldía porque "era sagaz y de valerosa persona y... tenía los pensamientos

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

endereçados a señorío... y por su industria tenía ya muchos amigos"; y que pese la presencia de un co-alcalde, "como Vasco Núñez era muy mañoso, y tenía más persona, él era el todo". Con frecuencia, esas frases ambiguas han sido interpretadas como indicios de doblez y de ardid. Pero Balboa no conocía la astucia, ni aun cuando un poco de solercia le hubiera sido de la máxima utilidad. Preferimos atenernos a la definición primera de la palabra maña, dada por Covarrubias: "Dígase tener uno maña para hazer alguna cosa cuando lo haze con destreza y liberalidad".

La misma calidad de equívoco, o de peso y contra-peso, se revela en otras estimaciones hechas por Oviedo: verbigracia, afirma que Vasco Núñez no era sin codicia, "pero junto con esso era bien partido en los despojos y entradas"; dice que a Balboa "no le faltaron cautelas", y en otro lugar, que "era poco cauto y assaz falto de prudencia" al tiempo que sus antagonistas fraguaban su ruina. Esta última particularidad es innegable. Capaz de ira en el momento del atropello, no sabía guardar rencores: inconveniente grave en el ambiente de envidias implacables y sañas disimuladas del Darién de Pedrarias. Más peligroso todavía, a pesar de repetidas experiencias amonestadoras, continuaba creyendo en la buena fe de personas cuya infidencia le hubiera debido ser manifiesta. Esta confianza ingenua, cuando lo preciso hubiere sido un recelo desvelado y precavido, le costó caro. Por esto, soltó intempestivamente a los conjurados de 1512, y tomó por verídicas las declaraciones de acatamiento de Colmenares. Y por esto, al fin, creyendo en la palabra traicionera de Pedrarias, vino de la costa del Pacífico para hallar en Acla la prisión y la muerte.

Hubo una leyenda negra de Balboa: fabricada por sus enemigos, recogida por Las Casas, reflejada en Mártir y, hasta cierto punto, en Oviedo. Es fácil de refutar, y con testimonios concluyentes. No es el caso considerar aquí todos los cargos que le hicieron sus émulos, aún porque la mayor parte de ellos —tal como se les conocen en los memoriales de entonces— se reduce a la denigración violenta, a la cual no se aducen ningunas pruebas definidas. No debían ser muy convincentes ni siquiera por entonces; el tejido burdo de acusaciones dejaba ver demasiado claramente la trama de celos y ambiciones en que estaba urdido, para que el rey y sus ministros, experimentados en evaluar libelos semejantes, quedaron inapercibidos los motivos de sus autores. Anotamos brevemente, sin embargo, dos imputaciones precisas que, por ser reportadas en las crónicas de aquella época, han persistido hasta nuestros días.

Una de estas es la que echa a Balboa la culpa de la expulsión de Nicuesa de la colonia, y por consiguiente de la muerte de este. Ahora bien: es indudable que Vasco Núñez participó en el movimiento popular que terminó con el destierro del gobernador de Veragua, y que este, harto de las tribulaciones de su propio asiento de Nombre de Dios, abandonó su fundación para dirigirse a Santo Domingo, pereciendo en el viaje. Pero en el proceso relativo hecho en Santa María, el juez de residencia, alcalde mayor de Pedrarias, exoneró a Balboa de cualquier culpabilidad especial en el asunto, en el cual —decía— habían incurrido por igual casi todos

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

los vecinos. Habría podido añadir que entre los más acérrimos acusadores de Vasco Núñez, se hallaban algunos que habían impulsado ellos mismos el rechazo de Nicuesa.

La segunda imputación fue insertada, interlineada, por Las Casas en su *Historia*, cuando el fogoso Defensor de los Indios rayaba los noventa años. Dice que Vasco Núñez escribió que había ahorcado a treinta caciques, y que se proponía hacer otro tanto con cuantos más pudiera apresar. La afirmación cae de su peso; según parece, es una inversión curiosa de lo dicho por varios informadores fidedignos, de que Balboa había hecho amigos de treinta caciques.

La actitud de los porfiados adversarios de Vasco Núñez no es perdonable, pero sí comprensible. Este representaba para ellos un estorbo y un peligro. Un estorbo, porque el rey le había otorgado la gobernación de las codiciadas tierras de la costa del Pacífico, y aunque Pedrarias lo tenía malogrado y virtualmente cautivo en Santa María, no se sabía hasta cuando sería posible seguir burlando las disposiciones reales. Y un peligro, porque no se habían podido interceptar todas las cartas que Balboa escribía al rey Fernando, en las cuales se relataban los desmanes funestos para con los indios de los tenientes de Pedrarias, como también otros hechos poco edificantes de la administración de este. Se sabía que esas revelaciones estaban confirmadas por informes de observadores de mucho crédito, quienes habían subrayado cuánto mejor había sido la obra sabia y templada de Vasco Núñez y hasta sugerido la renovación de Pedrarias en favor de aquel: insinuación esta que bien pudiera encontrar acogida en la Corte, ya que su Majestad había expresado sin ambajes su convicción de que Vasco Núñez sabría, mejor que cualquiera, lo que a la colonia convenía. Así las cosas, el gobernador y sus compinches no veían sino dos alternativas: o atraer a Balboa a su partido, o bien destruírlo. Pedrarias probó el primero durante algo más de dos años; ensayó luego el segundo, casando a su hija con Vasco Núñez , y adoptó definitivamente aquello primitivo cuando hizo matar a su yerno por un remedo de proceso judicial.

Es innegable que Balboa tuvo actuaciones que a las sensibilidades modernas resultan chocantes. Pero está igualmente claro que estas, contempladas en el marco de su época —y así es preciso juzgarlas— eran naturales y hasta encomiables. Los tremendos castigos infligidos para "el delito nefando", verbigracia, por atroces que fuesen, eran menos horripilantes que aquellos prescritos por el código castellano. La toma de oro a los caciques sometidos, obedecía a un uso no solo consentido sino minuciosamente reglamentado por ley: con los despojos y el tributo de los vencidos se debía resarcir las pérdidas y daños sufridos por la tropa, rescatar a eventuales prisioneros pagar el quinto del rey, y con el remanente, recompensar a los combatientes según su calidad y servicios. En cuanto al concepto básico del derecho de conquistar, a Balboa no le habría pasado por la mente dudar de ello. (¿Nos ocurre, hoy, hacer restitución a los indígenas de las tierras arrebatadas a sus antepasados?). Y poner en cuestión el deber de implantar la fe cristiana entre los pueblos autóctonos, hubiera sido una herejía inconcebible; aun cuando Balboa abogaba (como lo hacía el rey Fernando) para la conversión por medio de la persuasión, y no por la fuerza.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Por lo demás, ni las ideas ni la práctica de los castellanos en América son fenómenos peculiares de aquellos tiempos, y tampoco su empleo del eufemismo "liberación" para definir sus propias conquistas. No es preciso regresar cuatro siglos y medio para ver a una minoría engreída y ávida de poderío, en el intento de imponer, por la indoctrinación y la violencia, su imperio ideológico y político.

Cabe remarcar que si estaban infundadas las acerbas críticas contemporáneas de Balboa, las alabanzas de épocas más recientes asimismo descansan, a veces, sobre una base muy incompleta. La grandeza de Vasco Núñez no reside en la sola hazaña trascendental del descubrimiento del Pacífico. Y ni siquiera en el conjunto de triunfos comprendidos en aquella expedición: cuando recorrió por más de cuatro meses un territorio nuevo y potencialmente hostil, recibió el homenaje de dieciséis caciques antes desconocidos y reforzó los lazos de amistad con otros ya pacificados, y consiguió tributos por un valor superior a los 32.000 ducados —el todo sin perder un hombre ni hacer un enemigo efectivo—. Estas y otras proezas suyas no eran causas sino efectos: el resultado de una calidad intrínseca, tan poderoso como intangible, que fue el determinante de su gesta y la verdadera razón de su gloria.

Balboa no era dechado de perfecciones, y menos, un genio. Las cualidades que lo colocan tan por encima de la gran mayoría de sus contemporáneos no eran en sí mismo peregrinas. En un conquistador de tanto arresto y bizarría, sin embargo, eran poco menos que únicas: la moderación, la sensatez, la entereza y un sentido común elevado a la última potencia.

Dejamos a Oviedo la palabra final:

"Y en la verdad Vasco Núñez tuvo valerosa persona, y era para mucho más que otros... Este servicio deste descubrimiento de la mar del Sur, a solo Vasco Núñez se debe este trofeo... Y de aquella escuela de Vasco Núñez salieron señalados hombres y capitanes para lo que después ha subçedido en la Tierra Firme".

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.